

Siempre con ella

María Juana Jaime Jaime (*)

Cogida de la mano de mi padre, marchaba por un ancho camino. Unos años estaba plagado de charcos, otros cubierto de escarcha, otros bajo una espesa niebla. Era lógico, nos hallábamos en la segunda quincena de enero, había pasado el día de San Antón y ya estaba aquí el lunes de la Virgen. Así llamamos en La Solana a la fiesta que celebra la marcha de su Patrona hacia su santuario del Castillo.

Ni el frío, ni la lluvia, impedían que ese camino fuera un hervidero de gente de toda edad y condición. Todos cubrían la media legua que, aproximadamente, separa la localidad del altar de la Virgen.

Allí se aglomeraba una gran multitud de solaneros para despedirla y contemplar cómo el alcalde, después de besarla, gritaba el célebre ¡Viva la Virgen de Peñarroya! ¡Viva el Chatillo! Una vez cerrado el cochecillo, los cofrades lo cargaban sobre sus hombros para hacer a pie el largo camino. Cómo olvidar aquella frase que entonces pronunciaban las personas mayores, ¡quién te verá venir!, sin poder evitar que las lágrimas afloraran en sus ojos. De ahí la coplilla popular que todos hemos escuchado y tarareado alguna vez, y que dice así:

*La Virgen de Peñarroya
se la llevan al Castillo
y nosotros nos quedamos
llorando como chiquillos.*

Transcurridos casi ocho largos meses, a principios de septiembre, cuando las eras iban quedando libres de mies, grano y de paja, se aproximaba la romería. En las cercanías de la ermita del Humilladero podían verse carros y ruedas viejas. Sus dueños las dejaban allí como señal para guardar el orden en el que irían las galeras y carros al Castillo en busca de la Virgen.

El segundo sábado de septiembre, a las diez en punto de la mañana, se producía la salida oficial. Una inmensa caravana partía del pueblo en dirección al Castillo. En cabeza, el galerón que ocupaban los directivos, sacerdotes y Capitán. Eran numerosísimas las personas que acudían a despedir la caravana. Eran los años 50 y la romería se vivía, más que en el Castillo, en el camino. Los romeros viajaban durante siete horas, contando el tiempo de descanso para la comida principal, que se hacía en el paraje denominado “Mata de la Virgen”.

La mayor parte de la gente que se desplazaba al Castillo eran mozos y mozas. Ellos se encargaban de engalanar las yuntas con arreos nuevos, limpios, tachuelas relucientes y collares con sonoros cascabeles que invitaban a la fiesta. Las mozas preparaban las zagas, adornándolas con bonitas colchas bordadas y preciosos mantones de manila ocupaban los asientos más cercanos. En cada vehículo viajaba una o dos personas de más edad a los que llamaban “la madre gobierno”.

Corría el año 1953. En septiembre por fin hubo un hueco en la galera de los abuelos. Ese fue mi primer viaje

al Castillo en romería. El camino y todo lo demás supuso una aventura extraordinaria para mí. Pero lo más sorprendente llegó cuando entré en la ermita y vi las pinturas de sus paredes. Me llamó la atención un dragón, una ventana con esa perspectiva tan bien conseguida que parecía estar abierta de verdad, y por supuesto, la imagen de la Virgen mirando alegre la incesante fila de

personas que desfilaban ante ella. Esas imágenes se grabaron para siempre en las retinas de mis infantiles ojos.

Desde entonces hasta hoy, son muchas las cosas que han cambiado. La Virgen ya no marcha a hombros de sus cofrades, ni transita por un camino de tierra y baches. Ahora lo hace montada en un tractor y por una lisa y bien asfaltada carretera. Pero la gente que acude al Castillo sigue siendo muchísima porque los medios de locomoción, ya sean coches, tractores o autobuses, están al alcance de todos.

Las romerías de la Virgen de Peñarroya, sobre todo la de septiembre, se han convertido en días de francachela y comilonas al aire libre. Los jóvenes ya no necesitan que los acompañe “la madre gobierno”. Pero hay algo que no ha cambiado: esas interminables filas de personas que pasan por delante de la Patrona y esa gran masa de gente que, en enero, desafia a la lluvia y al frío abarrotando las inmediaciones de su altar para despedirla. Los ojos de la Virgen miran sin duda gozosos a estos hijos de un pueblo que la ama. Nosotros no podemos evitar humedecer los nuestros cuando el alcalde cierra el cochecillo y se vuelve a repetir la frase: ¡quién te verá venir!

Pero nos quedará el consuelo de que nuestra Madre nunca nos olvida, y que sus hijos, aunque en la distancia, siempre estamos y estaremos junto a Ella.

** Relato ganador del IX Certamen Literario
“Tomillo y Espliego”.*